La Mano Seca
NO. 1485

SERMÓN PREDICADO EL JUEVES 22 DE MAYO DE 1879,
POR LA NOCHE,
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

"Y he aquí había allí uno que tenía seca una mano. . .Entonces dijo a aquel hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fue restaurada sana como la otra."
Mateo 12: 10, 13.

Observen bien la expresión. Jesús "vino a la sinagoga de ellos. Y *he aquí* había allí uno que tenía seca una mano." Digamos que se hace un comentario aclaratorio como si se va a describir un hecho notable. La expresión "*he aquí*" es como una nota de exclamación para llamar la atención. "He aquí había allí uno que tenía seca una mano." En muchas congregaciones, si se recibiera la visita de una de las personas importantes y poderosas del lugar, la gente diría: "he aquí, había un duque, un conde, un obispo allí." Pero aunque hubo con frecuencia muchos notables en la congregación de nuestro Salvador, no encuentro ninguna nota de admiración acerca de su presencia. Los evangelistas no insertaron la expresión "he aquí" como para llamar la atención por su asistencia.

Sin duda, si hubiera en cualquier congregación alguna persona de reconocida inteligencia y de amplios conocimientos, que hubiera obtenido un título de estudios avanzados, muchas personas dirían: "¿Sabes que el Profesor Ciencia o el Doctor Clásico estaba presente en el servicio?" Habría un "he aquí" relacionado con ese hecho, grabado en la memoria de muchos. Personas muy preparadas de acuerdo a los conocimientos de aquel tiempo, venían a oír a Cristo, pero no hay expresiones de "he aquí" describiendo su visita. Sin embargo, en la sinagoga había un pobre hombre que tenía seca una mano, y se nos pide que observemos ese hecho.

Era su mano *derecha* la que estaba seca, la que más le afectaba, pues escasamente podía desempeñar su oficio o ganar su pan sin ella. Su mejor mano estaba inutilizada. La mano que le permitía ganar el pan estaba seca. No dudo que se trataba de un individuo muy humilde, oscuro e insignificante, posiblemente en una situación económica muy mala y en medio de mucha pobreza, pues era incapaz de trabajar como sus demás colegas artesanos. Era un hombre sin ninguna posición social y sin estudios y no poseía una inteligencia especial.

Su presencia en la asamblea, en sí misma, no era un hecho notable. Supongo que estaba acostumbrado a ir a la sinagoga como otros de sus conciudadanos lo hacían; sin embargo el Espíritu Santo tiene cuidado de señalar que él estaba presente, y de anteponer la expresión "he aquí" como un llamado de atención, para que se considere de manera especial que el hombre tullido se encontraba allí.

Y hoy no es de mucha importancia ni para el predicador ni para la congregación que *usted* esté aquí, si *usted* es una persona de mucha importancia o de alcurnia; pues aquí no hacemos ninguna distinción

para los dignatarios, y no extendemos ninguna cortesía especial a nadie en este lugar, donde los ricos y los pobres se congregan juntos.

Pero si hay alguien aquí hoy, que viene como un alma indigente que necesita un Salvador, si hay alguien aquí con una mano seca espiritualmente, que no puede llevar a cabo las cosas que quisiera hacer, y necesita que su mano sea restaurada, habrá un "he aquí" que diremos en relación a esa persona. Y será doblemente importante su presencia, si hoy el Señor le dice: "Extiende tu mano seca," y si el poder divino restaura esa mano y se realiza un acto de gracia.

Lo que nuestro Señor quería en ese día de reposo en particular, era tener a alguien en quien poder trabajar, alguien a quien poder sanar, y así desafiar la legalidad tradicional de los fariseos que afirmaban que no era lícito sanar en el día de reposo. Cristo no necesitaba la salud de los fariseos esa mañana: Él buscaba sus enfermedades para poder manifestar su poder de curación. Él no necesitaba ninguna grandeza de nadie allí; pero buscaba a algún pobre necesitado en quien pudiera desplegar su poder de curación. Y ese es el caso que nos ocupa hoy.

Si ustedes son ricos y con bienes abundantes y no tienen ninguna necesidad, mi Señor no los está buscando a ustedes. Él es un médico, y quienes practican el arte de la curación buscan a la enfermedad como la esfera de su operación. Si le dijéramos a un médico sabio que hay una ciudad donde no hay enfermos, sino que todo el mundo goza de perfecta salud, él no se establecería allí, a menos que deseara retirarse de la práctica de la medicina.

Mi Señor no viene a las asambleas cuyos miembros se sienten muy contentos consigo mismos, donde no hay ojos que no ven, oídos que no oyen, donde no hay corazones quebrantados ni manos secas. ¿Pues para qué necesitan esas personas un Salvador? Él mira a su alrededor y Su ojo se detiene en el dolor, en la necesidad, en la incapacidad, en el pecado, en todo aquello en donde Él puede hacer el bien. Pues lo que quiere de nosotros, mortales, es la oportunidad de hacernos el bien y no la pretensión de nuestra parte que podemos hacerle un bien a Él.

Comienzo con esto el día de hoy, pues mi sermón será muy sencillo, y estará destinado a todos aquellos que necesitan a mi Dios y Señor. Quienes no lo necesitan, pueden irse. Pero ustedes que lo necesitan, puede ser que lo encuentren hoy; y habrá un registro conservado en el cielo, no de quienes estuvieron aquí y dijeron, "nosotros podemos ver," ni de quienes dijeron: "nuestra mano es fuerte y capacitada para el trabajo," pero habrá un registro de los ciegos que digan: "Hijo de David, abre nuestros ojos," y de los impedidos que hoy extenderán sus manos secas en obediencia a Su mandato divino. No sé si nuestro amigo paralítico, cuando fue a la sinagoga esa mañana, esperaba que su mano seca fuera sanada. Siendo, tal vez, un hombre devoto, fue allí para adorar, pero obtuvo más de lo que él esperaba. Y puede ser que algunos de ustedes, a quienes Dios va a bendecir hoy, no sepan para qué han venido. Tal vez vinieron porque de alguna manera aman las ordenanzas de la casa de Dios, y se sienten contentos cuando escuchan la predicación del Evangelio.

Hasta el presente no se han apropiado del Evangelio, nunca han gozado de sus privilegios ni de sus bendiciones como algo propio, pero aún así, ustedes apetecen las cosas buenas. ¡Qué tal si hoy ha llegado la hora, la hora que la gracia soberana ha marcado con una letra roja en el calendario del amor, en que tu mano seca va a ser hecha fuerte, y tu pecado va a ser perdonado! ¡Qué bendición si puedes irte dando glo-

ria a Dios porque un notable milagro de gracia ha sido hecho en ti! Que Dios nos conceda que esto pueda realizarse por el poder del Espíritu. Les suplico a todos ustedes que aman al Señor que oren para que Él obre maravillas en muchas personas hoy, y para Él será la alabanza.

I. En primer lugar vamos a decir algo acerca de LA PERSONA A QUIEN SE DIRIGE EL MANDATO DE NUESTRO TEXTO. "Entonces dijo a aquel hombre: Extiende tu mano."

Este mandato fue dirigido a *un hombre que era irremediablemente incapaz de obedecer.* "Extiende tu mano." No sé si su brazo estaba paralizado también o solamente lo estaba su mano. Como regla general, cuando una parálisis es total y no es una parálisis parcial, se afecta la mano y toda la extremidad completa. Tanto la mano como el brazo están atacados de parálisis. Usualmente hablamos de este hombre como si la extremidad completa se hubiera secado, y sin embargo no leo ni en Mateo, ni Marcos, ni Lucas, ninguna declaración expresa que todo el brazo estuviera seco. Me parece que se trataba de un caso en el que solamente la mano había sido afectada. Yo recuerdo que había entre nosotros, no lejos de aquí, en Kennington Gate, un joven que se subía frecuentemente al ómnibus y mostraba sus manos, que colgaban de manera que hacía pensar que sus muñecas estaban rotas, y exclamaba: "¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho!" y apelaba a nuestra compasión. Me imagino que su caso era un reflejo del que estamos analizando, en el que, tal vez no todo el brazo, pero sí la mano se había secado. No podemos concluir positivamente que el brazo no estaba seco, pero podemos observar que nuestro Señor no dijo: "extiende tu brazo," sino "extiende tu mano," señalando de esta manera la mano, como el lugar donde estaba la parálisis. Si hubiera dicho: "extiende tu brazo," como el texto no declara que el brazo estaba seco, habríamos dicho que Cristo el ordenó hacer exactamente lo que él era capaz de hacer, y no habría ningún milagro en ello.

Pero en tanto que dice: "extiende tu mano," es claro que el mal estaba en la mano, y no en el brazo. Y así le estaba pidiendo que hiciera lo que no tenía la posibilidad de hacer, pues la mano del hombre estaba evidentemente seca. No era una enfermedad fingida. No estaba pretendiendo ser un paralítico, sino que realmente estaba incapacitado. La mano había perdido el jugo de la vida. Los líquidos que le daban fortaleza se habían secado por completo, y allí estaba como una cosa seca, marchita, inútil, con la que no se podía hacer nada; y sin embargo fue a ese hombre que Jesús le dijo: "extiende tu mano."

Es muy importante que notemos esto, pues algunos de ustedes que están bajo la carga del pecado piensan que Cristo no salva a pecadores reales; que esas personas a las que salva, en cierto sentido, no son tan malos como ustedes; que no hay en ellos la intensidad de pecado como la hay en ustedes, o si la hubiera, no hay la desesperanza ni la impotencia que se encuentra en ustedes. Ustedes se sienten secos y completamente sin fuerzas. Querido lector, es precisamente a alguien como tú que el Señor Jesucristo dirige el mandato del Evangelio. Se nos ordena que les prediquemos a ustedes diciendo: "cree," y otras veces, "arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros." "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo." Estos mandatos no están dirigidos, como dicen algunos, a pecadores sensibles, sino a pecadores insensibles, a pecadores necios, a pecadores que no pueden obedecer del todo el mandato, en cuanto a su habilidad moral se refiere. Estos pecadores reciben el mandato de hacer eso, de Él, que en este caso ordenó al hombre lo que, naturalmente en

sí y por sí, era totalmente incapaz de hacer. Pues, ustedes pueden ver que, si él hubiera podido extender la mano por sí mismo, no se necesitaba un milagro, pues la mano del hombre no estaba de ninguna manera seca.

Pero nos queda muy claro que no podía mover su mano, y sin embargo el Salvador se dirigió a él como si pudiera moverla; y en esto yo veo un símbolo de la forma en que el Evangelio habla al pecador; pues el Evangelio clama al que está hundido en su miseria y en su incapacidad: "a vosotros es enviada la palabra de esta salvación."

Precisamente tu incapacidad y tu inutilidad son el espacio en el que el poder divino puede ser manifestado, y debido a que eres incapaz de ese modo, y porque eres inútil de ese modo, por eso el Evangelio viene a ti, para que se vea que la excelencia del poder habita en el Evangelio, y en el propio Salvador, y de ninguna manera en la persona que es salva.

Por tanto el mandato que trajo consigo la salud, fue dirigido a alguien que era completamente incapaz.

Pero observen, vino a *alguien que quería verdaderamente,* pues este hombre estaba muy preparado para hacer cualquier cosa que Jesús le ordenara. Si hubieran podido preguntarle, no habrían descubierto ningún deseo de no extender su mano, ningún deseo de que sus dedos permanecieran sin vida e inútiles. Si le hubieran dicho: "Pobre hombre ¿quisieras que tu mano fuera restaurada? " con lágrimas en sus ojos habría respondido: "¡Sí, yo quiero eso, para poder ganar el pan para mis queridos hijos; para no tener que mendigar y no tener que depender de la ayuda de otros, o sólo poder ganar un duro mendrugo de pan con mi mano izquierda. Sobre todas las cosas quisiera que mi mano fuera restaurada!" Pero lo peor de muchos inconversos es que no quieren ser sanados. No quieren ser restaurados.

Tan pronto como un hombre verdaderamente anhela la salvación, entonces la salvación ya ha venido a él; pero la mayoría de ustedes no quieren ser salvos. "Oh," dices, "ciertamente yo quiero ser salvo." No creo que así sea, ¿pues qué significa ser salvo para ti? ¿Quieres decir ser salvo de ir al infierno? Por supuesto que todo mundo desea eso. ¿Acaso conociste alguna vez a algún ladrón que no quisiera ser salvo de ir a prisión o de ser encarcelado por la policía? Pero cuando hablamos de salvación, queremos decir ser salvados del hábito de hacer el mal; ser salvados del poder del mal, del amor al pecado, de la práctica de la insensatez y del propio poder que nos hace encontrar placer en la trasgresión.

¿Quieres ser salvado de los pecados placenteros y lucrativos? Encuentren a un borracho que sinceramente ora para ser liberado de la borrachera. Traigan a un hombre lascivo que ansíe ser puro. Encuentren a un mentiroso habitual que anhele decir la verdad. Traigan a alguien que ha sido egoísta y que desde lo profundo de su corazón se odie a sí mismo por serlo, y que anhele estar lleno de amor y ser semejante a Cristo. La mitad de la batalla está ganada en esos casos. El paso inicial está dado. El paralelo es válido en el mundo espiritual. El carácter que visualizo en mi mente es el caso de un alma que desea ser lo que no puede ser, y hacer lo que no puede hacer, y sin embargo lo desea.

Quiero decir el hombre que clama en agonía: "el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo." "Quiero arrepentirme, pero no puedo. Mi corazón es como una piedra. Quiero amar a Cristo, pero, ay, estoy encadenado al mundo. Quiero ser santo, pero, ay, el pecado viene violentamente sobre mí, y me arrastra."

Es a gente como esa que el Evangelio de Jesucristo viene como un mandato. ¿Quieres ser sanado, amigo mío? Entonces puedes ser sanado. ¿Deseas ser salvado del pecado? Entonces puedes ser salvado. ¿Deseas ser liberado de la servidumbre de la corrupción? Entonces puedes ser liberado. Y ésta es la manera en que puedes ser salvado: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo." Su nombre es Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados. Él ha venido con el propósito de salvar a pecadores reales, y no a los que simplemente pretenden serlo, pues es muy claro que Él no puede salvar del pecado a los hombres que no tienen pecados. Él no puede sanar manos secas si no hay manos secas que sanar. Él viene a ti que estás necesitado de Él, a ti que eres culpable, a ti que tienes las manos secas. A ti se proclama esta gloriosa palabra de las buenas nuevas. ¡Que Dios te de gracia para que la oigas y la creas y para que sientas su poder!

II. En segundo lugar, quiero decir algo acerca de LA PERSONA QUE DIO LA ORDEN. Fue *Jesús* quien dio la orden. *Él* dijo: "Extiende tu mano."

¿Acaso nuestro Señor dijo estas palabras en ignorancia, suponiendo que el hombre podía hacerlo? De ninguna manera, pues en Él hay conocimiento en abundancia. Acababa de leer en los corazones de los fariseos, y pueden estar seguros que quien podía leer en esos espíritus sutiles, ciertamente podía entender la condición externa de este paciente. Él sabía que la mano del hombre estaba seca, y sin embargo dijo: "Extiende tu mano."

Cuando leo en la Escritura el mandamiento: "Cree en el Señor Jesucristo," estoy seguro que Jesucristo sabe lo que está diciendo. Dijo Él: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura." Sí, a toda criatura. Supongan que algunos de sus discípulos hubieran sido muy ortodoxos, y le hubieran preguntado: "Señor ¿no hay un error en relación a las personas? ¿Por qué predicar a toda criatura? ¿Acaso no están algunos de ellos muertos en pecado? Mejor predicamos selectivamente."

He escuchado a algunas personas que se confiesan siervos de Cristo, que dicen que invitar a los pecadores muertos a que vivan es tan inútil como sacudir un pañuelo sobre las tumbas en las que están enterrados los muertos; y mi respuesta para ellos ha sido: "Tienes mucha razón. No lo hagas, pues es evidente que no has sido llamado para hacerlo. Vete a tu casa y acuéstate. El Señor no te ha enviado a hacer nada parecido, pues tú mismo reconoces que no tienes fe en eso." Pero si mi Señor *me* enviara como el heraldo de la resurrección, y me ordenara sacudir un pañuelo sobre las tumbas de los muertos, yo lo haría, y esperaría que este pobre pañuelo, si *Él* me ordenara que fuera sacudido, levantaría a los muertos, pues Jesucristo sabe lo que hace cuando envía a Sus siervos. Si Él no nos envía, sería una tontería ir y decir: "hombres que están muertos, vivan"; pero en Su comisión está toda la diferencia.

Debemos decir a los muertos: "Despierten, y Cristo les dará vida." ¿Cómo, despertar primero, y obtener la vida después? No voy a tratar de explicarlo, pero ese es el orden de la Escritura: "Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo." Si mi Señor dice así, me doy por satisfecho citando Sus palabras. No puedo explicarlo, pero me deleito aceptándolo a Su manera, y ciegamente sigo cada uno de Sus pasos, y creo cada una de Sus palabras. Me ordena que diga: "levántate de los muertos," y con mucho gusto lo haré ahora. En el nombre de Jesús, ustedes que están muertos, vivan. ¡Corazones

duros, rómpanse! ¡Corazones de acero, disuélvanse! ¡Incrédulos, crean! ¡Aférrense a Cristo, ustedes impíos!

Si Él habla por Sus ministros, esa palabra será con poder; pero si Él no habla por nosotros, no importa cómo hablemos. Hace muy bien el hermano juicioso en decir que no tiene caso que él pida a los muertos que se levanten, pues él confiesa que su Señor no está con él. Dejen, pues, que se vaya a casa hasta que su Señor esté con él. Si su Señor estuviera con él, entonces hablaría la palabra de su Señor, y no tendría miedo de ser llamado un insensato. Es el Señor Jesucristo quien le dice a este hombre que tiene la mano seca: "Extiende tu mano."

Para mí es un dulce pensamiento que Él es capaz de dar poder, para hacer aquello que Él ordena hacer. Querida alma, cuando se te ordena creer, y tú dices con lágrimas en los ojos: "Señor, no puedo entender y no puedo creer," ¿no sabes que Quien te ordena creer puede darte el poder de creer? Cuando Él habla por medio de Sus siervos, o a través de Su palabra, o directamente por Su Espíritu en tu conciencia, quien te ordena hacer esto no es un simple hombre, sino el Hijo de Dios, y tú debes decirle: "Buen Señor, te suplico que me des ahora la fe que Tú pides de mí. Dame el arrepentimiento que Tú ordenas." Y Él oirá tu oración, y la fe brotará en ti.

¿Alguna vez se dieron cuenta, almas queridas, de la forma en que Cristo hace Su trabajo? Su manera es generalmente ésta: primero da la orden y luego ayuda al corazón para que convierta el mandato en una oración, y después responde esa oración con una promesa. Tomen estos ejemplos. El Señor dice: "Haceos un corazón nuevo." Ese es claramente un mandamiento. Y en seguida pueden encontrar al salmista David, en el Salmo 51, diciendo: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio." Y luego, si van a Ezequiel, encuentran la promesa, "Os daré corazón nuevo." Primero Él da un mandamiento; en seguida te pone a orar para obtener la bendición; y luego te da esa bendición.

Otro ejemplo: el mandamiento es "Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel? A continuación viene la oración: "conviérteme y seré convertido," y luego sigue el cambio del que habla el apóstol Pablo cuando dice que Dios ha enviado a Su Hijo para bendecidnos, volviéndonos a cada uno de nosotros de nuestra iniquidad.

Tomemos otro caso, y este se refiere a la limpieza. Vemos que el Señor nos ordena: "Limpiaos de la vieja levadura." Y de inmediato viene la oración: "purifícame con hisopo, y seré limpio," y pisándole los talones viene la promesa: "limpiaré hasta lo más puro tus escorias." O, tomemos otro tipo de precepto, de un tipo más dulce, que pertenece al cristiano. Continuamente se nos pide que cantemos: "Cantad a Dios, cantad; porque Dios es el Rey de toda la tierra." En otro lugar nos encontramos con la oración, "Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza." Y en otra parte de la Escritura tenemos la promesa divina, "Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará."

Vean entonces la forma de trabajar de mi Señor: Él les ordena que crean o se arrepientan; luego Él los hace orar para que puedan hacerlo, y a continuación les da la gracia para hacerlo, para que la bendición pueda venir realmente a sus almas; pues todos los mandamientos del Evangelio son dichos por el propio Cristo al corazón de los hombres, y ellos, al recibirlos, encuentran que junto con el mandamiento viene la habilidad.

"Pero Él no está aquí, "dice alguien, "Él no está aquí." De cierto les digo en Su nombre, Él está aquí. Su palabra dice: "he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Hasta que esta dispensación llegue a su fin, Cristo estará allí donde se predique el Evangelio. Donde Su mensaje sea honestamente y verdaderamente predicado con el Espíritu de Dios, allí el propio Jesús está virtualmente presente, hablando por medio de los labios de Sus siervos. Por lo tanto, mi querida alma que tienes la mano seca, hoy el propio Jesús te dice: "Extiende tu mano." Él está presente para sanar, y su método es dar un mandato. Él ahora da un mandato. Oh Espíritu lleno de gracia, necesitamos tu presencia para que los hombres puedan obedecer.

III. Es tiempo de decir unas palabras acerca de otro punto, es decir, EL MANDAMIENTO MISMO. El mandamiento era: "Extiende tu mano." En relación a ese mandamiento, observo que va dirigido a la esencia misma del asunto. No dice: "Restriega tu mano derecha contra tu mano izquierda." No es: "Muestra tu mano al sacerdote, para que él haga una ceremonia en ella." No es: "Lávate la mano." Pero es: "Extiende tu mano." Eso era precisamente lo que él no podía hacer, y así el mandato estaba dirigido a la propia raíz del mal. Tan pronto la mano fue extendida, fue sanada. El mandato fue directamente al objetivo deseado.

Ahora, mi Dios y Señor no dice a ninguno de los pecadores hoy, "Vayan a casa y oren." Yo espero que oren, pero ese no es el gran mandamiento del Evangelio. El Evangelio es: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo." Pablo estaba a la medianoche con el tembloroso carcelero, que con dificultad entendía su propia pregunta, cuando exclamó: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Y Pablo, de conformidad a la práctica de algunos pudo haber dicho: "Debemos hacer una pequeña oración," o, "debes irte a casa y leer la Biblia, y debo darte instrucción adicional hasta que estés mejor preparado." Pero no hizo nada parecido a eso, sino que allí mismo y en ese momento, Pablo le dijo: "Creen en el Señor Jesucristo, y serás salvo." Hasta que no llegues a este punto, no se ha predicado el Evangelio; pues la salvación viene por la fe, y por ninguna otra cosa.

Tú me dices que ese es precisamente el punto difícil. Sí, y este mandamiento se dirige a ese punto difícil y dice: "Extiende tu mano." O, en el caso del pecador, "Cree en el Señor Jesucristo." Pues, recuerden, todo lo que ustedes hagan en materia de vida eterna, que no contenga fe, no puede ser nada sino el esfuerzo de su naturaleza carnal, y eso es muerte. ¿Qué puede venir de los movimientos de la muerte sino una muerte más profunda? La muerte no puede producir nunca la vida. ¡Oración sin fe! ¿Qué tipo de oración es esa? Es la oración de un hombre que no cree en Dios. ¿Puede un hombre esperar recibir algo del Señor si no cree que Dios existe, y que recompensa a quienes lo buscan diligentemente?

"Oh, pero yo debo arrepentirme antes de creer," dice alguno. ¿Qué clase de arrepentimiento es ese que no confía en Dios, que no cree en Dios? Un arrepentimiento en la incredulidad ¿no es acaso una expresión egoísta de una lamentación por el castigo incurrido? La fe debe mezclarse en toda oración y en todo acto de arrepentimiento, o no pueden ser aceptables; y por ello debemos ir directo a este punto, y exigir la fe, diciendo: "Cree y vive," "Extiende tu mano."

Extender la mano fue enteramente *un acto de fe.* No fue un acto de sentido. Como materia de sentido y de la naturaleza, el hombre era impotente para eso. Él solamente lo hizo debido a que su fe le trajo la

habilidad. Digo que fue un puro acto de fe, ese acto de extender la mano. "No lo entiendo todavía," dice uno, "¿cómo un hombre puede hacer lo que no puede hacer?" Pero van a entender muchas otras cosas maravillosas cuando el Señor les enseñe. Pues la vida cristiana es una serie de paradojas. Y en lo que a mí concierne, dudo de cualquier experiencia, a menos que haya algo de paradójico en ella. De cualquier manera estoy seguro que es así: que no puedo hacer nada por mí mismo, pero puedo hacerlo todo por medio de Cristo que me fortalece. El hombre que está buscando a Cristo no puede hacer nada, y sin embargo, si cree en Cristo, puede hacerlo todo, y su mano seca puede ser extendida.

Pero además de ser un acto de fe, me parece que fue un *acto de decisión.* Allí estaban sentados los altivos y arrogantes fariseos. La imaginación de ustedes fácilmente puede visualizar a esos caballeros distinguidos, con flecos en sus vestidos, y filacterias alrededor de sus frentes. Allí también están los escribas muy engalanados en sus ropas formales, hombres graves y conocedores. La gente tenía miedo de mirarlos, ¡eran tan santos y tan despectivos! Véanlos allí sentados, como jueces de instancias superiores, para juzgar al Salvador.

Ahora, por decirlo así, Cristo se concentra en este pobre hombre con una mano seca, para que le sirviera de testigo; y por medio de Su mandamiento Él prácticamente le pregunta qué hará: ¿le obedecerá a Él o a los fariseos? No está bien sanar en el día de reposo, dicen los fariseos. ¿Qué opinas tú, que tienes la mano seca? Si tú estás de acuerdo con los fariseos, por supuesto que no aceptarás ser sanado en el día de reposo, y no extenderás tu mano; pero si estás de acuerdo con Jesús, querrás ser sanado, ya sea en el día de reposo o en cualquier otro día. Ah, ya veo, tú vas a extender tu mano y vas a romper con los tiranos que quisieran conservarte con la mano seca. El hombre hizo tanto como votar por Cristo cuando extendió su mano.

Muchas almas han encontrado la paz cuando por fin han levantado sus manos y han dicho: "O me hundo, o nado, o me pierdo o soy salvo; ¡Cristo para mí, Cristo para mí! Si perezco voy a aferrarme a la base de la cruz, y sólo voy a mirarlo a Él; pues yo estoy de su lado, ya sea que tenga compasión o no." Cuando esa decisión es tomada, entonces viene la salvación. Si levantas tu mano por Cristo, la convertirá en una mano sana, aunque ahora esté totalmente paralizada y torcida, como algo muerto. Indigno como eres, Él tiene el poder para infundirle vida, y para darte la bendición que tu corazón desea, cuando tú levantas tu mano por Él.

Me parece que alguien dice: "Oh, señor, no exagero cuando digo que deseo ser salvo, y salvado a la manera de Cristo; estaría dispuesto a dar mis ojos para amarlo a Él." Ah, no necesitas perder tu vista: dale tu confianza; dale los ojos de tu alma. Míralo a Él y vive. "Oh, que yo pudiera ser salvo," dice uno; "cuánto lo anhelo." Que el Espíritu Santo te lleve a decidir en tu alma que no serás salvo por nadie más, sino sólo por Cristo. Oh, que tengas la determinación—

"El que sufrió en mi lugar,
Será mi médico;
No podré ser consolado
Hasta que Jesús me consuele."

Cuando hayas hecho eso, no lo dudo, por medio de la fe en el médico, tú recibirás la vida por el poder divino, y encontrarás la salvación de inmediato.

IV. En cuarto lugar los quiero conducir a considerar LA OBEDIENCIA DE ESTE HOMBRE. Se nos dice que extendió su mano. Cristo dijo:

"Extiende tu mano." Marcos dice: "Y él la extendió." Es decir, extendió su mano. Ahora, observen que *este hombre no hizo ninguna otra cosa de preferencia a lo que Jesús le mandaba,* aunque muchos pecadores que han despertado son lo suficientemente insensatos para intentar experimentos. Cristo dijo: "Extiende tu mano." *Y él la extendió.* Si, en lugar de eso, el hombre hubiera atravesado la sinagoga y se hubiera acercado a Cristo, el Señor le habría dicho: "No te ordené que hicieras tal cosa, te ordené que extendieras tu mano." Supongan que entonces él hubiera tomado el rollo de la ley con su mano izquierda, y lo hubiera besado con reverencia, ¿hubiera servido eso de algo? El Señor solamente habría dicho: "Te ordené que extendieras tu mano."

Ay, hay muchas, muchas almas que dicen: "Se nos pide confiar en Jesús, pero en vez de eso vamos a participar regularmente en los medios de la gracia." Hagan todo eso, pero no como sustituto de la fe, o se convertirá en una confianza vana. El mandamiento es: "Cree y vivirás." Sigue haciendo cualquier cosa que hagas. "Bien, me voy a poner a leer libros buenos; tal vez me haré bueno de esa manera." Lee todos los buenos libros que quieras, pero ese no es el Evangelio: el Evangelio es: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo."

Supongan que un médico tiene a un paciente bajo su cuidado, y le dice: "Tienes que tomar un baño por la mañana; será de mucha ayuda para aliviar tu enfermedad." Pero el paciente toma una taza de té por la mañana, en vez de un baño, diciendo: "Eso me hará un bien equivalente, no lo dudo." ¿Qué dirá el médico cuando le pregunte: "seguiste mi prescripción"? "No, no lo hice." "Entonces no esperarás que haya un buen resultado, pues me has desobedecido." Lo mismo decimos en la práctica a Jesucristo, cuando nuestra alma busca otros caminos, "Señor, Tú me ordenaste que confiara en Ti, pero prefiero hacer otra cosa. Señor, yo quiero tener convicciones horribles, quiero ser sacudido a las puertas del infierno; quiero ser alarmado y afligido." Sí, quieres cualquier cosa, excepto lo que Cristo te ha prescrito, que es, simplemente, que debes confiar en Él.

Ya sea que sientas o no sientas, simplemente debes venir y arrojarte sobre Él, para que *Él* pueda salvarte, y sólo Él. "Pero no me diga que usted habla en contra de la oración, y de la lectura de buenos libros, y demás cosas semejantes." Yo no hablo ni una sola palabra en contra de esa cosas, como no hablaría, si fuera el médico que acabo de poner por ejemplo, en contra de que el paciente tomara una taza de té. Que se tome su té; pero no si lo toma en lugar de tomar el baño que le prescribí. Así que dejen que el hombre ore: entre más, mejor. Que escudriñe las Escrituras; pero, recuerden, que si se ponen estas cosas en lugar de la fe simple en Cristo, el alma estará arruinada.

Déjenme darles un texto: ¿alguna vez escucharon que se citara de manera apropiada? "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y no queréis venir a mí para que tengáis vida." Allí es donde está la vida: en Cristo; ni siquiera en escudriñar la Escritura, aunque escudriñarla es muy bueno. Aun si ponemos ídolos de oro en el lugar de Cristo, tales ídolos deben ser destruidos como si fueran ídolos de lodo o de estiércol. No importa cuán buena sea una acción, si no es lo que Cristo manda, no serán salvados por ella. "Extiende tu mano," dice Él; esa era la forma por la que la salud iba a venir: el hombre no hizo ninguna otra cosa, y recibió una recompensa llena de gracia.

Observen que, *él no hizo ninguna pregunta.* Y este hombre tenía una buena oportunidad de hacer preguntas. Yo pienso que muy bien pudo haberse puesto de pie en su lugar y decir: "Esto es inconsistente, buen Señor. Tú me dices: 'Extiende tu mano'. Ahora, Tú sabes que si yo puedo extender mi mano no tengo ningún mal en ella, y por lo tanto no hay espacio para Tu milagro. Y si no puedo extender mi mano, ¿cómo puedes pedirme que lo haga?" ¿Acaso no han escuchado a algunos de nuestros amigos, a quienes les gusta burlarse de las cosas santas, y desprecian nuestras doctrinas de la gracia, cuando declaran que nosotros enseñamos: "tú puedes pero no puedes; tú lo harás pero no lo harás"? Su descripción es muy precisa, aunque tiene la intención de ridiculizarnos. No objetamos que lo expresen así, si así les place.

Nosotros enseñamos paradojas y contradicciones aparentes al ojo, si sólo se considera la letra; pero si penetran a lo más profundo del espíritu, es dentro de estas contradicciones que se encuentra la eterna verdad. Sabemos que el hombre está muerto en sus delitos y pecados, sumido en un letargo espiritual y moral, del que no puede salir por sí mismo; sin embargo, por el mandato del Señor, nosotros decimos: "Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo." O, en otras palabras, decimos a la mano seca: "Sé extendida," y se extiende. El bendito resultado justifica esa enseñanza que, en sí misma, parece digna de comentarios sarcásticos.

Observen adicionalmente que lo que ese hombre hizo fue que, *le fue dicho que extendiera su mano, y él extendió su mano.* Si tú le hubieras preguntado: "¿Extendiste *tú* tu mano?" tal vez él hubiera respondido: "Por supuesto que lo hice. Nadie más lo hizo." "Espera un momento mi buen hombre. "¿Extendiste tú, *por ti mismo,* tu mano?" "Oh, no," diría, "porque lo he intentado muchas veces antes y no pude hacerlo, pero esta vez lo hice." "Entonces, ¿cómo fue que pudiste hacerlo?" "Jesús me dijo que lo hiciera, y yo le obedecí, y se hizo." No espero que él hubiera podido explicar la lógica de ello, y tal vez nosotros tampoco.

Debe haber sido un espectáculo maravilloso, ver esa pobre mano, seca, débil, inútil, primero colgada y en seguida extendida ante toda la gente en medio de la sinagoga. ¿Acaso no ven que la sangre comienza a fluir, que los nervios cobran poder, y que la mano se abre como una flor que revive? ¡Oh, el gozo de sus ojos llenos de brillo cuando se posaron primero en el dedo meñique y luego en el pulgar y comprobar que todos estaban vivos! ¡Luego se volvió, miró a ese hombre bendito que lo había sanado, y parecía ansioso de caer a Sus pies y darle toda la alabanza! Aún así, nosotros no podemos explicar la conversión y la regeneración y el nuevo nacimiento y todo eso; pero sí sabemos esto, que Jesucristo dice: "Cree," y nosotros creemos. ¿Por nuestro propio poder? No. Pero como queremos creer (y Él nos da el querer) viene un poder para hacer por Su buena voluntad.

Miro a mi alrededor, preguntándome dónde está el hombre con la mano seca el día de hoy, o dónde está la mujer con la mano seca. A ellos quiero decirles en el nombre de mi Señor: "Extiende tu mano." Es un momento propicio. Una gran cosa será hecha en ti. Cree ahora. Tú has dicho antes: "yo nunca podré creer." Ahora confía en Jesús. Húndete o nada, confía en Él—

"Confía en Él, confía plenamente;
Que ninguna otra confianza se entrometa,
Nadie sino sólo Jesús
Puede hacer el bien al pecador desvalido."

Nuestro Señor Jesús nunca rechaza a un pecador que confía en Él. Oh, casi quisiera expresarlo de esta manera: si no sientes que puedes venir, o que debes venir a Cristo, siendo tan indigno, entra clandestinamente: y de esa manera entra en Su casa de misericordia, tal como sabes que un perro se mete a escondidas allí donde hubo algo de comer. Muy posiblemente el carnicero le daría una patada si lo viera tratando de robar un hueso; pero una vez que ha tomado el hueso, huye y lo conserva para él. Mi Señor tiene esta actitud bendita: si tomas una migaja que está debajo de Su mesa, no te la arrebatará, pues Él nunca rechaza a los que vienen. No importa cómo vengan, nunca los envía de regreso ni les quita la bendición.

Él nunca dice: "Vamos señor, usted no tiene ningún derecho de esperar en mi Gracia." Recuerden a la mujer en medio de la multitud, que no quería presentarse frente a Cristo, pero que se le acercó por detrás y tocó el borde de Su manto. Ella se apropió de Su salvación, por decirlo así, quisiera Él o no, y ¿qué dijo Él? "Ven aquí, mujer, ven aquí, ¿qué pretendes? ¿Qué derecho tenías de tocar mi manto, y de robar una salvación así? Una maldición caerá sobre ti." ¿Acaso habló así, lleno de indignación? Para nada. ¡Para nada! Le pidió que viniera, y ella le dijo toda la verdad, y Él respondió: "Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado." ¡Ve a Él, alma! ¡Acércate por delante o por detrás, empuja al que sea para que puedas tocarlo! Corre hacia Él. Si hubiera una multitud de demonios entre Cristo y tú, cava tu camino a través de ellos con una fe decidida.

Aunque seas el más indigno infeliz que jamás confió en Él, confía en Él ahora, para que se pueda decir en el cielo que hay un pecador más grande que ha sido salvado hoy, que los que han sido salvados en el pasado. Tal salvación hará a Cristo más glorioso que nunca; y si tu caso es el peor de los que Él ha tocado con Su mano sanadora hasta este momento, pues bien, cuando te haya tocado y sanado, como en efecto lo hará, habrá más alabanzas para Él en el cielo que nunca antes. Oh alma, yo quisiera poder persuadirte que te acerques a Él, pero mi Señor sí puede hacerlo. ¡Que el Señor te atraiga a Sí, por Su grande gracia!

V. La última cosa que vamos a considerar es EL RESULTADO DEL ACTO DE EXTENDER LA MANO DEL HOMBRE EN OBEDIENCIA AL MANDAMIENTO. Él fue sanado.

Ya he tratado de presentarles el hecho que la salvación fue *manifiesta;* también fue *inmediata.* El hombre no tuvo que estar parado allí largo rato, sino que su mano fue sanada de inmediato: y sin embargo, la cura fue *perfecta*, pues su mano quedó tan sana como la otra, tan útil como su mano izquierda, con toda la destreza adicional que naturalmente corresponde a la mano derecha. Quedó perfectamente sana, aunque fue sanada en un instante. Pueden estar seguros de ello, fue sanada *permanentemente*; pues, aunque he oído decir que las almas salvas caen de la gracia y perecen, nunca he creído eso, pues nunca he leído de ningún caso que nuestro Señor haya sanado, que haya recaído de nuevo. Nunca he oído de una mano seca que fue sanada y que se volvió a paralizar una segunda vez. Nunca sucederá. La salvación de mi Señor dura para siempre.

Recuerdo haber visto en la vidriera de una tienda hace ya algunos años, que se podía obtener en su interior una "cura momentánea" para el dolor de muelas. Me di cuenta unos meses después, que el propietario de esa valiosa medicina, cualquiera que haya sido, había descubierto que nadie quería una cura *momentánea*, de tal forma que cambió la

palabra "momentánea" por la palabra "*instantánea,*" lo cual fue un cambio positivo. Me temo que la salvación de algunas personas es una salvación momentánea. Reciben un tipo de gracia, y lo pierden de nuevo. Obtienen la paz, y muy pronto esta paz se ha ido.

Lo que se necesita es permanencia, y siempre hay permanencia en la obra de Cristo. "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios," y su salvación nunca es revocada. Oh, alma, ¿puedes ver entonces, qué puedes obtener en este momento de Jesús? La salvación de por vida; liberación del poder de marchitamiento del pecado durante toda la vida y por toda la eternidad. Esto se puede obtener por medio de la obediencia gozosa a ese mandamiento sin par: "Extiende tu mano," o, en otras palabras, "Confía, confía, confía."

Esta semana estuve hablando con una persona que me decía que no podía confiar en Cristo, y yo le respondí: "Pero, mi querido amigo, no podemos aceptar eso. ¿Puedes confiar *en mí*?" Sí, podía confiar en mí. "¿Por qué puedes confiar en mí, y no puedes confiar en el Señor Jesús? Lo voy a poner de otra manera. Si tú me dijeras que no puedes confiar en mí ¿qué implicaría eso?" "Pues," respondió él, "querría decir, por supuesto, que eres un tipo muy malo, si yo no pudiera confiar en ti." "Ah," dije yo, "eso es exactamente lo que tú insinúas cuando dices: yo no puedo confiar en Jesús; pues quien no cree, lo ha hecho a Él mentiroso. ¿Quieres decir que Dios es un mentiroso?" La persona con quien hablaba se retractó con horror de esa conclusión, y dijo: "No, señor, estoy seguro que Dios es veraz." Muy bien, entonces, ciertamente puedes confiar en Quien es veraz. No hay dificultad en ello; confiar y descansar en aquella Persona de quien no puedes tener ninguna duda debe ser una conclusión natural que se deriva de tu buena opinión de Él. Tu creencia de que Él es veraz es una suerte de fe.

Arrójate sobre Él ahora. Así como yo me apoyo con todo mi peso sobre esta baranda, apóyate sobre la misericordia de Dios en Cristo Jesús. Eso es fe. Si la misericordia de Dios en Cristo no puede salvarte, entonces estás perdido. Haz de la misericordia tu única esperanza y tu única confianza. Cuélgate de tu Dios en Cristo Jesús como la vasija cuelga del clavo. Como un hombre deja caer todo su peso en la cama, así acuéstate sin reservas sobre el amor divino que fue visto en Jesús, y todavía es visto allí. Si haces esto, serás salvo.

Y no quiero decir simplemente que serás salvo del infierno; pues el poder de la fe, obrando en ti por Dios el Espíritu Santo, te salvará del amor al pecado: siendo perdonado, amarás desde este momento a Quien te perdona, y tú recibirás un nuevo principio de acción que será lo suficientemente poderoso para romper las ataduras de tus viejos hábitos, y te elevarás a una vida pura y santa. Si el Hijo te hace libre, ciertamente serás libre; y serás libre de inmediato si ahora confías en Él. El Señor nos conceda Su bendición, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

http://www.spurgeon.com.mx
Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.
Sermón #1485 – Volumen 25
The Withered Hand